

LOS ESCULTORES

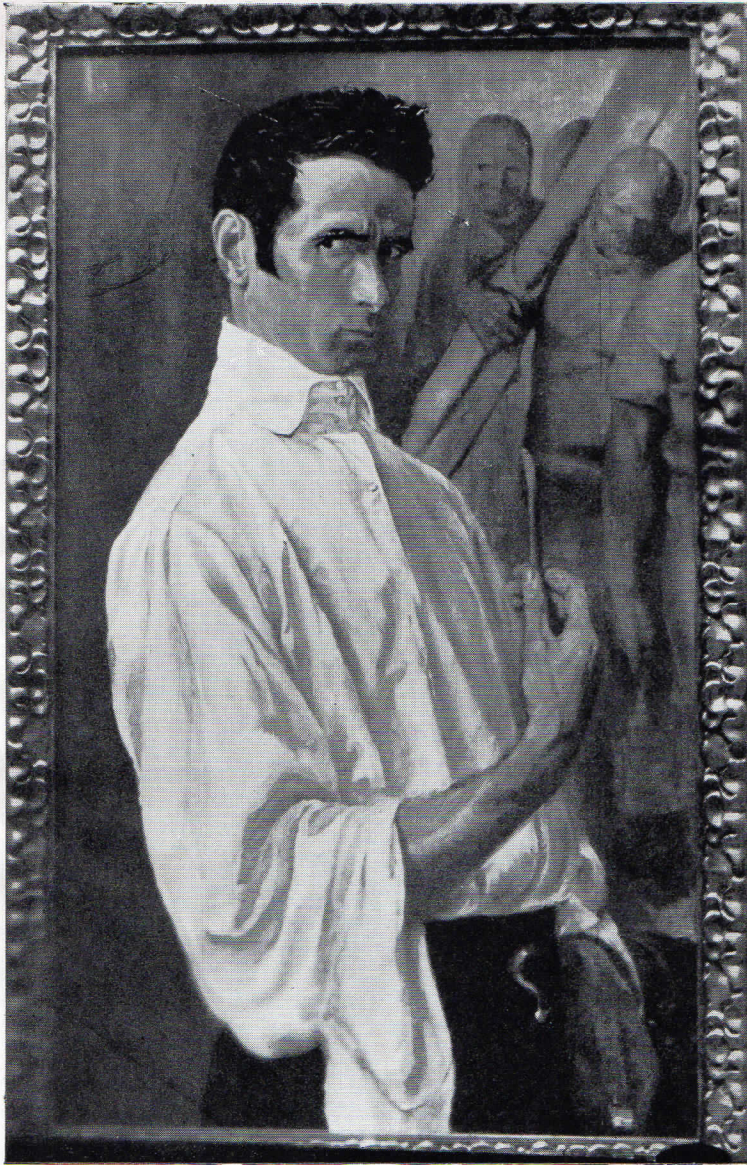
Miguel y Luciano Oslé

por

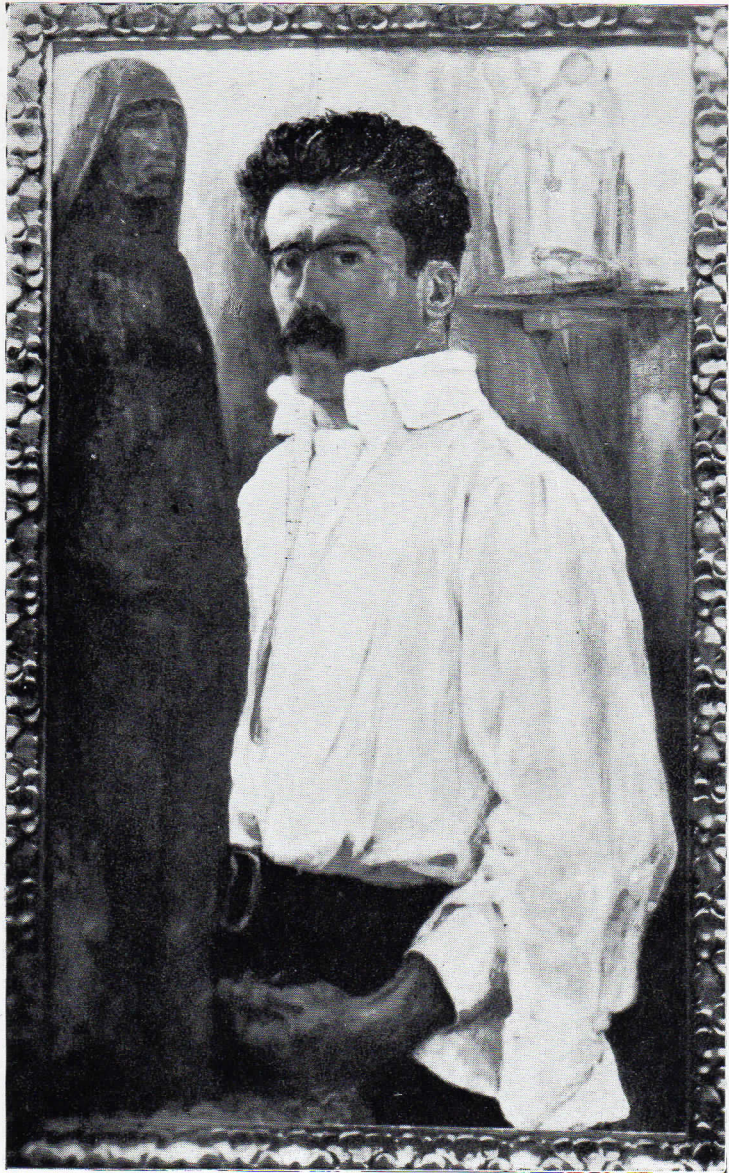
Miguel Saperas

MADRID

1970



MIGUEL



LUCIANO

Los escultores:
Miguel y Luciano Oslé

Depósito legal, M. 14.084-1970
Imprime: Aldus, S. A., Artes Gráficas.
Castelló, 120. - Madrid-6

NACIMIENTO DEL SALON OSLE, EN EL HOTEL MANILA DE BARCELONA

Necesita una explicación el origen de este Salón, consagrado a las obras que el numen creador de Miguel Oslé fue dejando, llenas todas de vigor y delicadeza, de majestad y reposo.

Como todo en la vida, este Salón tiene su anecdotario obligado, que nos ha ido trayendo hasta el momento de alcanzar la reunión de unas cuantas de sus creaciones y conseguir del cariño y la cultura de Miguel Saperas, ese encantador esbozo de biografía que a continuación os ofrecemos.

En el rincón íntimo de mi biblioteca, en Madrid, entre muy numerosas ediciones del "Quijote", una amplia colección de libros sobre temas gastronómicos y muchísimos más, de arte, literatura e historia, han vivido muchos años conmigo: "El Don Juan Tenorio", de Querol; "El Niño de la Palangana", de Tasso, y una "Cabecita de Niña", de Luciano Oslé.

"Nada", para presumir de coleccionista, y "todo"... para determinar una afición y afecto hacia los tres escultores catalanes, que, sin querer, me emplazaron a lo que después había de ocurrir.

Por eso observaréis, que las tres esculturas citadas viajaron a Barcelona y están, o flanqueando la entrada al Salón Oslé, o dentro de él, para estimular en una época triste, el remordimiento por la entrega temporal al inacomodado empleo del hierro retorcido con pretensión de escultura.

...Revoloteando de nube a nube, entre Barcelona y Madrid, en uno de estos pájaros mecánicos que tanto nos aproximan, acertamos con un bache que hizo palidecer a una señorita que a mi lado viajaba.

“No se preocupe usted, le dije, son dos minutos ¡al cruzar la divisoria de montañas!, el viaje...”

El viaje será normal como lo ha sido hasta ahora”... y me presenté a ella.

—Yo me llamo Miguelina Oslé...

—¿hija del escultor? —Sí señor.

—Pues entonces, Miguelina, yo tengo en mi casa desde hace muchos años o “una hermanita” de usted, o “una prima”, porque en este momento no recuerdo si la cabeza de niña en piedra que tengo en casa es de su padre, Miguel, o de su tío Luciano.

Al llegar a Barajas, me recogieron mi mujer y una de mis hijas, hice las presentaciones obligadas y quedamos en que Miguelina vendría a casa al siguiente día.

La cabecita era obra de Luciano. Desde entonces surgió en mí el propósito, al visitar el taller de Miguel Oslé, de ir fundiendo, de acuerdo con Miguelina, cuanto pudiéramos, de las obras de su padre; y nació el Salón Oslé.

Poco a poco, como el pájaro hace su nido..., se reunieron fundiciones en el nobilísimo material de bronce, presididos por el admirable busto en mármol, de Mariano Fortuny.

“No me diréis que estos huéspedes de honor, en el “Salón Oslé”, del Hotel Manila, no son una deliciosa colección de aquel escultor genial (olvidado, porque fue excesivamente modesto), y que “creó”... porque “creyó” que la recompensa está en la posteridad.”

“Ver a Dios en la naturaleza y la vida que nos rodea, y, sobre todo, en la vida humana; entenderla, conocer el reposo, la marcha viril del

hombre, la posición y gracia de la mujer, sus actividades, movimientos y proporciones; diferenciar el salto de la caída..., el diestro manejo de nuestros fieles y queridos palillos, cinceles, mazas, gubias, espátulas, cuchillos, etc., con "el don", que Dios otorga, es lo que (según acertadísimos conceptos de Enrique Pérez Comendador) sustenta y da artística categoría a la sustentadora materia."

Miguel Oslé... supo lograr el milagro de una corporeidad espiritualizada; acertó a aunar el reposo, con la libertad y la gracia; logró en sus figuras la ondulación suave como de ola; supo traducir todo en líneas rítmicas; alcanzó (como puede verse en sus obras), al hacer de lo corpóreo, expresión de lo espiritual, que sus criaturas fueran "felices en la materia".

Por todas esas condiciones que define un escultor ilustre y porque sus obras tienen alma frente a la impotencia inexpressiva de la gran mayoría actual..., por eso nos honramos en haberlo cobijado y en ofrecer hoy de nuevo a vuestra consideración el resumen de su vida y su obra que figura en la Conferencia de Saperas y una variada muestra de sus ensueños noblemente materializados.

La admiración expresiva e incondicional hacia la obra de Miguel Oslé, de Benjamín Palencia, José Frau, Alvaro Delgado, Liliane, Menchu Gal y otros grandes artistas, avalan, colgando sus obras en derredor, la imperecedera de nuestro escultor y reafirman y consolidan este homenaje.

Nuestro afán no es otro que el de rendir tributo a la obra de quienes, como Miguel Oslé, espiritualizan nobles materiales a lo Miguel Angel y desconocer, porque no nos llegan a decir nada, a los que para lo inconcreto y lo artificioso no esculpen sino "retuercen", sin mensaje, como hoy se dice, toda la ganga fundida de hierros viejos.

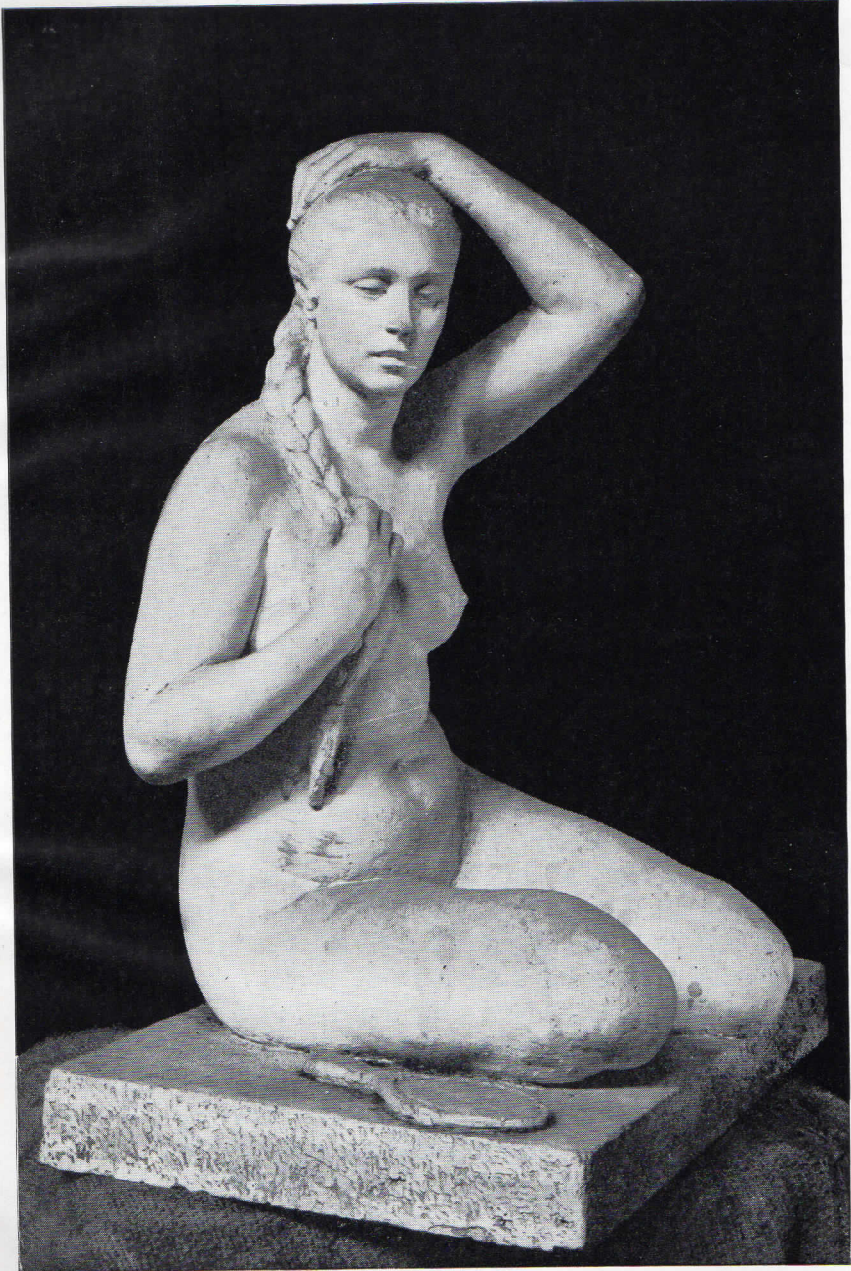
¡Bendita la noble "labra", madre de la humana y palpitante carnación!

¡Bendito el mensaje de verdad universal que arranca de la naturaleza!...

Afortunadamente, los verdaderos artistas son gente de gran memoria para la gratitud, y de flaca memoria para el rencor, con lo que se ha podido ir capeando el temporal pretencioso del aire entre hierros y retornar poco a poco a ese misterio de vida palpitante que atesoran los mármoles, piedras y bronces, donde un gran escultor dejara su alma...

Barcelona, 29 de junio de 1970.

LUIS M.^a DE ZUNZUNEGUI



Los escultores:

Miguel y Luciano Oslé.

*Animadores del bien pertrechado camarote Granados,
señoras, amigos todos:*

Resulta curioso saber que, fechada en Logroño el mes de agosto de 1947, el coronel retirado don Vicente Oslé, tío de los dos magníficos escultores, les dedique una libreta de 10 1/2 por 15 1/2 centímetros y 80 páginas de bella caligrafía, donde, bajo la señal de la cruz, “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” va desgranando, amorosamente, fechas y anécdotas de toda la familia. Nos enteramos por el inefable manuscrito que el apellido fue desconocido en España hasta los tiempos de Felipe V, quien por despacho de 15 de febrero de 1718 otorga Privilegio de Hidalguía a Antonio de Oslé, entre otros ingenieros flamencos productores de granadas, que se presentaron para montar fábricas y lógicamente trabajar en ellas, en Liérganes y en La Cavada, villas de la provincia de Santander. El Privilegio estaba condicionado a mientras regentasen el bélico negocio. Fernando VI y Carlos IV los liberan de aquella obligación y hacen merced a perpetuidad del Privilegio a todos los descendientes, sin discriminación de sexo.

Explica el coronel: “Estos datos están tomados de una copia del Despacho librado por Carlos IV, cuyo original obra en poder de mi primo Atanasio Campillo y Oslé, que tiene 90 años y vive en Potes (Santander), en cuya villa existía la casa solariega de los Oslé hasta 1938, en que la quemaron los rojos en su huida al entrar las tropas nacionales en la villa. Creo que ahora estará reconstruida, pues sé que hace tiempo empezaron las obras para ello. Pero si muriese mi primo Atanasio Campillo, poseedor del Real Despacho de referencia, quiero hacer constar que tiene un hijo llamado don José María Campillo, que es cura Párroco de Turieno (Santander), a quien supongo irá a parar dicho documento familiar.

“Según mis cálculos, Antonio de Oslé, primer antepasado que vino a España era tatarabuelo de mi abuelo, y por lo tanto mis hermanos y yo somos la séptima generación, nuestros hijos la octava y nuestros nietos la novena de los Oslé”.

Siguiendo esta genealogía, en su totalidad de bien avenidas y buenas personas, nos encontramos con un rintero de militares —capitanes, comandantes, tenientes coroneles, coroneles—, más de uno muertos o heridos en campaña—; clérigos y hermanas de la caridad —Concepción Oslé Carbonell, nacida en Vich y fallecida en 1938 siendo superiora en Vigo— y algunos médicos y maestras.

Desde hace casi dos siglos, la mayor parte de los Oslé residen en Barcelona. Los hermanos Rafael, Antonio y Vicente, primos de nuestros escultores, nacen en la Ciudadela de la ciudad los años 1856, 1861 y 1867; un cuarto hermano, Francisco, en el cuartel del Buensuceso, el 1870. Y Miguel y Luciano, que ahora procuro ligeramente biografíar, hijos de Rafael Oslé Carbonell (militar) y de Cándida Sáenz de Medrano Oñate, los 1879 y 1880, en nuestro marinero barrio de la Barceloneta, y de pañales trasladados con sus padres a Madrid y a Mondoñedo, retornaron pasados siete u ocho años a Barcelona, ocupando un pabellón del cuartel que no era sino el antiquísimo monasterio de San Pablo del Campo.

Vale la pena decir que, cuando niños, nuestros escultores formaban en el coro del Liceo. Ya hechos y derechos les apetecía recordar con un atisbo de divertimento y de farolería que en su carrera artística debutaron con "Carmen".

He pergeñado esta llamémosla "apertura", porque nos ayuda a comprender muchas cosas. La atmósfera rígida y ostentosamente castrense que respiraron nuestros artistas a dos pasos de su hogar y el calor del entrañable y acrisolado cariño con que les rodearon, templaron su carácter a un tiempo serio y dicharachero. De sus esporádicas salidas infantiles en el escenario del Liceo, les vino la afición a la buena música. Su credo político de monarquía a ultranza, agitó ya los nervios y la sangre de toda su ascendencia. Esa innata inclinación a ir siempre juntos, en unidad inquebrantable, era el inconfundible sello familiar. Un Oslé, cadete carlista, abdicó de su ideología cuando su padre, en cumplimiento del deber militar, salió a combatir en campo contrario.

De Rafael Oslé y Cándida Sáenz de Medrano Oñate nacieron seis hijos —cuatro varones y dos hembras—; el primero, Rafael (1878), murió, ¡pobrecillo!, al año y medio; luego Miguel y Luciano; siguieron Josefa y Sira; el último, Enrique (1892), alcanzó notoriedad como fabricante de arquillas buriladas y pintor imitando telas antiguas. En reñido concurso le fue otorgada la construcción de un altar dedicado a Santa Juana de Arco, en París, donde nuestro artista falleció el año 1934.

Con un solo sueldo y relativamente larga prole, el matrimonio se enfrenta a la vida sin privaciones, aunque prescindiendo de todo lo superfluo. Les agrada el hábito del cuartel. Montjuich, a cuatro pasos, les hace compañía. Una modesta escuela para los niños. La santa paz, en vela. Casi todos los domingos, con un par de sus retoños, el padre se encamina al parque, donde la Ciudadela resplandece como un sol. Es allí donde su hijo mayor ávidamente abre los ojos frente al Prim con su caballo. El padre, sa-

tisfecho y orgulloso a la vez, esquematiza una elemental lección de bellas artes. La suerte está echada: Miguel será escultor.

A los once o doce años entra de aprendiz en el taller que regentan los hermanos José y Andrés Bofill, en un cuarto piso de la calle Hospital. ¡Cuán lejos están del arte los trabajos que realizan! José prodiga su ingenio en cantidades de macetas y jarrones más o menos decorativos, que adquiere la gente humilde para adornar la cómoda. Andrés, una especie de lince siempre avisado, cuida de la administración y venta; cuando la cosa no marcha económicamente bien se entrega al billar: es su *hobby*.

Estos incurables noctámbulos no acuden desde luego a hora prima, al obrador. Pero Miguel los espera, con su limpia crencha y blusa de dril, sentado en la oscuridad de un peldaño. Cuando el trabajo espolea, se transforma en carretonero por esas calles de Dios, portador de fango, yeso y moldes. Es una pena, porque así nada aprende.

Afortunadamente no estuvo allí demasiado tiempo. El propio José Bofill le recomienda a la fundición Masriera y Campins, verdadera escuela de artes y oficios, donde se cincela, se forja y vacía sin parar. Aquí traen los mejores escultores de España sus creaciones para ser fundidas. Conoce a Benlliure, Blay, Suñol, Marías. Se encuentra a gusto. Le parece un paraíso. Todo le hace gracia, y se le abren los ojos de par en par demasiado pequeños todavía para contemplar tanta belleza.

Consigue que su hermano Luciano entre en la fundición, para satisfacer sus anhelos de ser también escultor. Podemos imaginarnos cómo Miguel le había inculcado la idea. La no demasiado acogedora y sin higienizar vivienda del cuartel se ilumina de un tierno azul cuando los jovencitos llegan del taller. Explican aquello que hacen y descubren, el maravilloso ambiente de su aprendizaje; cómo son y visten los artistas que a menudo ven. Los padres se embelesan y los demás hermanos escuchan, boquiabiertos.

Rafael Oslé y sus hermanos Vicente y Aurelio, con el uniforme de rayadillo, blanca gorra de plato y grado de oficiales del Batallón de Cazadores, marchan a Cuba el mismo año en que sucumbía en encarnizado combate, el poeta José Martí, jefe supremo de los insurrectos. Allí estarían tres años, hasta que sobrevino el desastre. La madre, fuerte y precavida por lo que pudiera suceder, cuida de sus cinco hijos despabilados como chispas y parlanchines como pájaros. Los ya espigados Miguel y Luciano cuentan a la madre los hechos de los insurgentes Máximo Gómez y Antonio Maceo; la dimisión de Martínez Campos, la llegada de Weyler a La Habana y el asesinato de Cánovas por un anarquista italiano. En la fundición se comenta la guerra detalladamente. Los comentarios se graban en sus mentes.

El obrador sigue viento en popa. Mariano Benlliure, director en Roma de la Escuela de Bellas Artes, se hace fundir las esculturas en la Ciudad Eterna. Enterado de que Masriera y Campíns ensayan la fundición a la cera, les aconseja ir a Italia para aprender aquella modalidad. Mandan un trabajador, que después de una larga temporada retorna con los secretos del antiquísimo sistema que se pierde en la noche de los tiempos. Benlliure envía a fundir la estatua de Antonio de Trueba, destinada a Bilbao. Miguel y Luciano son los encargados de desencajar la estatua. Transcurridos muchos años recordarían que aquel fue el instante más emotivo de sus tiempos de obrador. Aparecía el poeta cincuentón, ensimismado, sentado en un banco del jardín, apoyado un codo en el respaldar, con cuartillas en la mano izquierda y en la derecha un lápiz. Parece maznado, burilado y resuelto de un solo trazo, tal carpido barro con señales aún de dedos y punzones. Sale de fundición como una maravilla. Sin mucho tardar, se otorga a Benlliure, por esta obra, la medalla de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid.

La Casa de Masriera y Campíns, regentada por buenas personas comprensivas, les permite estudiar un par de horas diarias fuera de la empresa, bajo la egida de un gran

maestro: Francisco Montserrat, director artístico de la fundición, profesor en Lonja y premiado infinidad de veces. Aprenden la gran verdad de que no se puede hacer buena escultura sin saber bien dibujar. Las mañanas domingueras acuden a las exposiciones del Palacio de Bellas Artes y Casa Parés; lógicamente, se sienten atraídos por la pintura.

Se encuentra en la fundición por aquel entonces un joven que aparenta unos veinticinco años. No viene con ansias de trabajar ni menos de aprender; le basta ganarse la vida medianamente. Se llama Manolo Hugué y se dice amigo de Casas y Rusiñol. Estudió en Lonja. Transnochador empedernido y correntón a ultranza, frecuenta *Els Quatre Gats* y acaso todas las tabernas del Paralelo. Su genial costumbre es sablear. Pide a quien sea y se sale con la suya, como un prestidigitador.

Entabla camaradería con Miguel y Luciano, pero sólo de taller para adentro. Nuestros dos jóvenes aprendices aún no están para cuentos ni monsergas. Jolgorio, sí, y fresca risa, pero luego, a casa, a leer y a dibujar.

Después de haberse colocado en un par de talleres más, aquel bohemio impenitente se marchó lleno de deudas a París. Pasados veintiocho años, ya escultor famoso y de picante anecdotario, cuidaría con Gustavo Violet, otro escultor con quien Miguel Oslé trabajó brevemente, de la puesta en escena, en Ceret, de *La Font de l'Albera*, de Enrique Morera, letra del mismo Violet y del poeta José Sebastiá Pons.

Llega la hora en que Miguel y Luciano se atreven a esculpir. Corteses, juiciosos y exigentes con ellos mismos, siguen y asimilan las lecciones del maestro. Acarician con enfervorizados ojos las obras de los artistas que frecuentan la fundición como su propia casa. Escuchan más que hablan y llenan el taller de simpatía a ultranza. Es posible que a escondidas esbocen una idea, se sienten ya capaces: Miguel probaría a hacer —con un puñado de fango— el

busto de Luciano, y Luciano el de Miguel. La levadura es fructífera y luminoso el envite. ¡Son sus primeras creaciones! Tímidamente avergonzados las muestran a Llimona. El siempre acogedor y magnífico escultor, no sólo las elogia, sino que les aconseja que las presenten en la Exposición Internacional de Bellas Artes, donde obtienen, para su gran satisfacción una mención honorífica. Nuestros protagonistas saltan y bailan de gozo. Cuentan diecisiete y dieciocho años, y se sienten artistas.

Y, además practican el deporte: Fútbol, alpinismo y sobre todo la pesca con caña, esa gran afición del padre, tíos y primos, que nunca abandonarán. En cuanto al fútbol, Luciano ganó un campeonato siendo delantero izquierdo del equipo del Español. Pasados muchos años, Miguel se cartearía amistosamente con los directivos del Barcelona.

Estimulados por la mención honorífica obtenida en la Exposición, acuden a Lonja. Acabado un curso y por no estar satisfechos con la forma de enseñanza, pasan a la academia que dirige su primo Antonio Coll; dos años más tarde, inician sus clases del natural.

Nuevamente se presentan a la Exposición de Barcelona y por dos veces a la de Madrid (1898-1899). Miguel consigue tres menciones honoríficas con *Retratos y Cabezas de estudio*. También alcanza Luciano una mención honorífica. En la V Exposición del Cercle de Sant Lluc, José Llimona, presidente del Círculo, expone *El hombre guiando la fuerza*. De mano de Utrillo sale "Pel i Ploma", que será portavoz de los modernistas. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid (1904) se otorga una segunda medalla a Miguel Oslé, por *Inspiración*; también otra segunda medalla a Enrique Clarassó, por *Eva*; Ramón Casas consigue una primera medalla por *La Carga*, tela sobradamente conocida.

La familia Oslé dejó el cuartel para instalarse en la calle Milá y Fontanals, de Gracia, en un primer piso con jar-

dín al fondo y un despampanante cuarto que ni hecho adrede para taller de nuestros escultores, ya socios del Círculo Artístico. Su padre, probo a carta cabal, vive con orgullo el éxito de sus hijos. La madre, huelga decirlo, participa gozosamente de todo ello. A sus veintisiete años, Miguel obtiene una primera medalla en Madrid con *Esclavos*. Para él resulta pequeña la fundición.

Acepta trabajar con el escultor Llimona, que ha hecho el *Crucifijo* del Rosario Monumental de Monserrat, la estatua ecuestre de *Ramón Berenguer el Grande*, el *San Jorge* del báculo ofrecido al doctor Torras y Bages, y está poniendo punto final al *Monumento al Doctor Robert*.

Pasa en aquel taller una temporada a “toma corazón lo que deseas”, cuando súbitamente se ve obligado a huir, con toda la pena de este mundo. “El Progreso”, órgano del partido radical, que embiste contra los curas y los sentimientos del país, y escupe mala baba en cuanto a la Lliga Regionalista, tiene la endiablada ocurrencia de publicar un artículo afirmando que todo lo firmado por Llimona, procedente de su taller, es obra de Miguel Oslé, galardonado hace poco, con una primera medalla en la capital. La fama de Llimona queda incólume, pero Miguel, maltrecho y dolorido de tanta insidia y mentira, se despide del maestro, dejando en el taller una estrella de simpatía.

Estamos en el año 1907, cuando se celebra, con plena euforia, en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, la V Exposición Internacional. Llimona presenta *Detalle del monumento al Doctor Robert*; Miguel Blay, *Forjador y Minero*; Rodín, un dibujo: *Víctor Hugo* (cabeza) y un desnudo femenino en bronce; el belga F. Wolfers, *Le cycle des heures*, doce desnudos femeninos, en cuatro grupos no unidos en círculo; Miguel Oslé consigue primera medalla con *Inspiración*; su hermano Luciano, otra primera medalla con *La Pobladora*. Me sirve para esta enumeración el opúsculo editado por “Il·lustració Catalana”, textos en catalán, italiano y francés, con reproducción de más de doscientas obras, entre las cuales destaca la de Miguel Oslé a toda página.



Este mismo año, y en el mismo lugar, se celebra una exposición de autorretratos organizada por el Círculo Artístico, en cuya Junta figura Luciano como tesorero. Miguel acude con un cuadro: *Trabajando*, y Luciano con *Mirando al natural*. En cada lienzo vemos al autor esculpiendo así como la obra en que trabaja. También Miguel expone un autorretrato escultórico, *Inspiración*, que no es sino una versión de la cabeza del joven, que, en cuerpo entero, completa la pareja (hombre y mujer) del mismo título, que le valió la primera medalla en Madrid. En la Exposición de Arte Decorativo, se presenta Miguel con *Puerta Decorativa*, y obtiene una segunda medalla. Luciano continúa en la fundición Masriera y Campíns, preparando un grupo que titulará *Presos*, con la ilusión de un nuevo triunfo en la capital.

El escultor Gustavo Violet, a quien he nombrado al referirme al estreno de una obra de Morera, le propone a Miguel Oslé que trabaje en su estudio de Prades. Miguel acepta, pero hemos de confesar que no se encuentra allí demasiado bien. Lo bueno, lo mediano e incluso lo malo fructifica en aquella viña que en nada se parece a la del Señor. No encaja con su carácter serio, resuelto y libre. A los pocos meses se presenta la nevasca. Miguel aprovecha para despedirse. Cruza la frontera y regresa a casa, donde le espera el pavo de Navidad.

Luciano ha terminado *Presos*. Si cuando su primera medalla de Madrid no hubo manera de sacar a Miguel de Barcelona, ahora, acompañado de su hermano, iría muy gustoso. Recibidos en la capital de España por sus amigos Mir y Farrero, que tienen una fundición, se alojan en casa de huéspedes de la calle Lavapiés, que se asemeja mucho en cuanto a barullo, canto y parloteo, con la casa de la Troya. Estudiantes, fundidores, artistas y toreros se divierten de lo lindo. La flamante obra de Luciano causa sensación por el realismo y *savoir faire* que ha puesto en ella. Conocen personalmente a Romero de Torres, Eugenio Hermoso, Chicharro, Benedicto, Sotomayor, Mezquita. En una de las visitas a la exposición, se encuentran con el es-

cultor Agustín Querol, nada menos que el presidente del Jurado. Miguel, acaso ofuscado, o quién sabe si con una chispa de altivez, en lugar de esgrimir cumplidos le espeta que fuera una injusticia no otorgarle una primera medalla, como el año 1906. Querol les amenaza diciendo que lleva en el bolsillo la lista de recompensas y que merecen perderlo todo. Aquella ingenuidad, acaso impertinente camaradería y desconocimiento del mundo, le pesaría siempre a Miguel. Se concede primera medalla a Luciano por sus ya nombrados *Presos*, que presentó en yeso patinado. Así comenta la obra *ABC* (8-5-1908): “Dando forma artística a realidad triste, rindiendo culto al verismo que tantas obras bellas produce, es la escultura de Oslé. La mejor impresión que sobre ella se puede tener está en su misma contemplación”. ¡Por fin!, Santiago Rusiñol obtiene una primera medalla con *Un Jardín de Aranjuez*.

De vuelta a casa, hacen parada en Zaragoza por sólo tres o cuatro días. Moran en una fonda llamada “Casa Paco”, donde no son bien recibidos. Escama la facha de los dos jóvenes; Miguel: largas patillas, cazadora de pana, polainas de cuero y una gran bufanda en bandolera lamiendo los zapatos. Idéntica la indumentaria de Luciano, pero sin usar patillas. Una vez informados, se enteran de que son inofensivos bohemios, buenos artistas premiados, y conocidos por doquier. Reciben excusas y, naturalmente, se les trata a cuerpo de rey.

Puede que lo supieran. Las fiestas del Centenario de los Sitios de Zaragoza y la Exposición Hispano Francesa están en su apogeo. Querol acaba de inaugurar el monumento a los Sitios y Benlliure el de Agustina de Aragón. Se rumorea la convocatoria del concurso para un monumento que perpetúe aquella efemérides. Miguel y Luciano desean concurrir.

Al salir victoriosos del concurso y serles encargado el monumento de la Exposición Hispano Francesa, “La Tribuna”, de nuestra ciudad, dedica dos páginas a nuestros escultores, con cinco fotografías y texto de R. Chiloni. Creo

interesante reproducir dos fragmentos del artículo: “Ello era pocos días antes de hacer su primer envío de obras a la Exposición Nacional de Bellas Artes que se celebró en Madrid, en el año 1896. Un grupo de presidiarios, una figura titulada *Hijo de la miseria*, y otro grupo de gran tamaño en que aparecía el retrato del propio autor, junto a la modelo, causaron a los visitantes honda impresión. Aparecía en dichas obras además del realismo asombroso que reflejaban, la verdad escueta de la miseria humana, transportada con varonil factura sobre la masa arcillosa, apreciándose al propio tiempo delicadas y armónicas líneas en la magnífica estatua de mujer, en la que hubiérase dicho palpataba dentro de aquella inerte masa, un corazón...”.

“Innumerables son, pues, las obras producidas por los hermanos señores Oslé, y aun cuando la inmensa mayoría de ellas son testimonio fiel de la realidad viva de la miseria humana, aspecto poco agradable para el vulgo, son una afirmación indiscutible de su percepción artística.

“A quién consigue como ellos arrancar del natural el momento psíquico de los seres y transportarlo a la masa arcillosa, exteriorizando la sensación de dolor o de placer; a quién como ellos logra hacer percibir ante sus obras ternura o sentimiento, bien se les puede señalar preeminente sitio entre los grandes artistas”...

Refiriéndose a esta primera época de los Oslé, Joaquín Ciervo publica un ensayo en “Vell i Nou”, el mismo año del fallecimiento de su director y brillante periodista Román Jori y Bonet (1921, vol. III), titulado “Escultura moderna, V. Navarro, J. Cardona, M. y L. Oslé”, del que me place reproducir lo que sigue: “Estos dos hermanos que, al unísono, comenzaron la vida de laborioso trabajo, fueron creadores de figuras vulgares, pero augustas, por el sorprendente realismo que supieron retener; sostuvieron indomables el peso de la opresión de los hijos del pueblo, de aquellos que se nutren del Mediterráneo y de los que en fábricas y talleres se ganan el pan.

“Los Oslé se compenetraron con las expresiones enérgicas, sumisas y doloridas de las madres de los *regeneradores*, socialmente hablando. Nuestros escultores además de arte venían a simbolizarnos ciertas tendencias universales y humanas: humildad, ira y emoción piadosa.

“El socialismo entrevisto en las páginas de Zola, ellos lo perduraron corpóreamente dando a las poses de sus modelos una encarnación poderosamente fuerte y tan realista que emociona.

“La rudeza del natural, sin asomos de armonía decorativa, se propusieron y lograron resolver Miguel y Luciano Oslé en los primeros años de sus triunfos, trabajando para sí, adivinándose que lo que sentían, por deber imperioso, debían darlo a los públicos y así fue como los patronatos de los Museos adquirieron sus producciones que habían cosechado lauros en los certámenes oficiales a partir del año 1908”.

Inaugurado el monumento a la Exposición de Zaragoza, obra de los Oslé, “Diario de Barcelona” (27-7-1909), publica un artículo del que debo reproducir en parte: “En lo alto del monumento es el León, símbolo y figura a la vez, que avanza ascendiendo, acompañado de dos niños, emblema el uno del arte y de la ciencia, el otro del comercio. El grupo, gigantesco, no sólo por la dimensión real, sino por las proporciones de los miembros y por el arte feliz con que ha sido ejecutado, a grandes masas en planos atrevidísimos exentos de detalle, condensa en sí mismo, en forma tan poemática como lo es la realidad, la fatiga y la glorificación de esa áspera subida del trabajo, a cuyo fin se halla la grandeza de los pueblos que sólo al recorrerla ya se ennoblecen y fortifican. Algo más adelantado, el arte, por su poder de adivinación; un tanto retrasado, el comercio, que quiere más desbrozados los caminos, niños los dos aún, aunque en edad muy distinta, entre uno y otro va marchando el león, ingente y poderoso, hacia la cumbre de aquella senda, a cuyo borde un arado recuerda el trabajo manual sin cuyo auxilio no hay empresa posible.

“La idealidad de ese grupo no tiene su raíz en la abstracción sutil del pensamiento ni en la estética caracterización de las figuras, sino en el ambiente de realidad y vida que encarnan todas ellas. De su contraste, de su agrupación surge la idea filosófica, un tanto amarga, que han querido expresar los escultores ;los cuales, en su monumento, han sabido, con evidente originalidad y acierto, huir de todos los lugares comunes en obras de su clase, para dar una nota personal y única, digna de su talento.”

Aún encontramos en “Heraldo de Aragón”, de Zaragoza (18-11-1909) : “Terminado completamente el monumento a la exposición hispano-francesa, pusieron sus manos los hermanos Oslé en el busto de don Basilio Paraíso.

“Por negativa rotunda del propio interesado, no se colocará dicho busto en el monumento, sino que quedará vacante el pedestal hasta que llegue el día —que todo zaragozano deseará que se aleje indefinidamente— en el cual pueda verse en su sitio la efigie del presidente del Comité Ejecutivo de la Exposición”.

Otro fragmento del artículo de “Heraldo de Aragón” : “¿Cómo han cumplido su misión los jóvenes artistas catalanes? El lector tiene delante una soberbia fotografía, obtenida por el maestro Freudental, que le dará una idea de la seguridad, de la firmeza y del acierto con que han sido reproducidos los rasgos fisionómicos del presidente de nuestra Cámara del Comercio.

“La figura de don Basilio Paraíso aparece envuelta en los amplios pliegues de un gabán. Su testa, viva y nerviosa, coronada de la enmarañada pelambre que ha sido el regocijo y el asidero de todos los caricaturistas, se yergue imperiosa mirando con esa inquisidora visión de miope. Avanza su mano derecha, que sostiene entre sus dedos un cigarro, hasta la rodilla, mientras descansa la otra mano, seca y nervuda, en posición naturalísima.

“No han buscado los Oslé efectismo de ninguna clase en la colocación de la figura. Todo es lógico y reposado en

ella. No hay allí más atractivo que el de la verdad, ni más ficción que la necesaria en la obra de arte que se basa en la naturaleza y se lanza tras un ideal ignorado.”

Otro fragmento: “Don Basilio Paraíso se muestra en ese montón de barro tal cual es, sin afeitado, ni estudiada postura, con un parecido que alcanza a los más pequeños detalles y con ese aire de verdad que caracteriza a los retratos firmados por los grandes artistas.

“Es admirable en los hermanos Oslé la íntima y estrecha unión con que trabajan, la forma maravillosa en que se compenetran, no sólo al pensar, sino al llevar a la práctica lo que sintieron.

“Parece imposible que en una obra como ésta, en un retrato tan *indivisible*, tan *único*, puedan intervenir dos personas modelando indistintamente en cualquier parte, corrigiéndose el uno al otro y ejecutando de manera tan parecida que el más lince no se atrevería a señalar las huellas de una o de otra mano.

“El busto se ha llevado a fundir a Barcelona. Cuando dentro de pocos días se encuentre terminada la fundición, se ajustará la obra al pedestal preparado en el monumento.

“Después de verificado ese ajuste, se llevará el retrato al Ayuntamiento, en donde quedará en depósito hasta el momento oportuno de colocarlo definitivamente en su sitio.”

La fama de los Oslé se extiende, no a son de bombos y platillos, sino por el empuje de la vitalidad física y creadora. No les importa el dinero, que escasearía siempre en sus bolsillos. Mosqueteros de su propia estimación, saben defenderla con gracia y con salero. Paladines del trabajo, le dedican todos los momentos del día. Como únicas evasiones, la música y la pesca dominguera con caña, que saben a profundidades de horizontes. Mucho aprendieron de la labor y del ambiente de Masriera y Campíns; pero Miguel conoció el sabor amargo del taller de Llimona, y el inocuo

empirismo del de Violet. Luciano más bien confía. Miguel sabe batallar.

Miguel, con la aureola de una primera medalla en Zaragoza, con *Nuevo Patrón*; medalla de oro en Santiago de Compostela, con *El Carro*, y con *Esclavos*, primera medalla en Buenos Aires; y Luciano con los éxitos de una primera medalla en Zaragoza, con *Hungría*; con la misma obra segunda medalla en Buenos Aires y primera medalla en Galicia con *El Trabajo*, acuden a la Exposition Universelle et Internationale de Bruxelles (1910). Miguel exhibe tres producciones: *Recompensa en el trabajo*, *Napoleón I* y *Pescador*; Luciano se presentó con *Sangre Azul* (niño con casquete calado hasta los ojos tapándole las orejas, cuello envuelto en gruesa bufanda, olla colgante del brazo, asida a un cordel y manos entaforadas en los bolsillos del pantalón). Es gracioso que exactamente la misma obra, ahora titulada *Frío*, sea reproducida a toda cubierta en "Il-lustració Catalana" (número 344, enero de 1910) y con variantes: sólo esbozado busto, casquete no muy calado, visible la oreja izquierda, cuello sin bufanda, la publique "Pèl i Ploma" con el título *Estudio*.

En esta Exposición Internacional de Bruselas acude también José Llimona con dos obras: *El trabajo* y *Desconsuelo*; José Clará presenta *Crepúsculo*, desnudo femenino con el que obtiene Diploma de Honor. A Miguel le alcanza medalla de bronce por *Pescador*. Los dos hermanos tienen su estudio en Mayor de Gracia, 105. Este año realiza Miguel una inefable escultura: *Tiene un dedito malo*.

Al año siguiente se celebra la XI Exposición Internacional de Arte de Barcelona. Miguel hace acto de presencia nada menos que con once obras, entre las cuales *Retrato de mi hermano*, *La cogida*, bronce fundido por Morales y *Mercurio*, yeso patinado, por el que le conceden primera medalla. Luciano acude con nueve obras, entre las cuales *El Héroe* y *El Campeón* (futbolista), yesos patinados, y *La Pobladora*, en fundido bronce por Morales. También están allí con la firma de ambos, *Las Artes Decorativas* y *Las Be-*

llas Artes, boceto del grupo destinado a la fachada del Palacio de Bellas Artes.

He aquí un fragmento del largo comentario de la revista "Museum", en el número dedicado en su totalidad a esta Exposición: "Los hermanos don Luciano y don Miguel Oslé, han concurrido también a la Exposición con nutrida serie de obras. De aquél, la figura *El Campeón*, tan simple y llena de vida, y *Patria*, grupo representado por una pareja de campesinos con el ganado: ella, con un chiquillo en brazos, de dulce melancolía en la expresión; él, prestándola el amparo de su compañía, de regreso de la labor cotidiana. De don Miguel Oslé se destacan *Nuevo Patrón*, cuya mitad superior es sorprendente, y *La recompensa del trabajo*, picador de cuerpo de tonel enjugándose el rostro sudoroso, después de haber resistido con la pica el empuje del toro que le tumbó la caballería."

El día 14 de octubre de este mismo año de 1911, se celebra en el restaurante Rhin, de Barcelona, una Comida de Honor que sus amigos y admiradores ofrecen a los hermanos Miguel y Luciano Oslé, por sus últimos triunfos artísticos.

En Madrid, y acaso en Barcelona, se califica a nuestros dos artistas como "los hermanos Quintero" de la escultura. Ello es cierto, pero sólo en parte. Indudablemente trabajan en el mismo taller (ahora Travesera de Gracia, 252); tienen idénticas aficiones; juntos se presentan al ruedo de los concursos y casi consiguen las mismas victorias y trofeos; visten igual, en su andar por la vida, que no conciben, aun a sus cumplidos treinta años, sin la bendición del padre y de la madre; pero no todas sus creaciones llevan la firma mancomunada, como ocurre con los Quintero; se afirman apretadamente en un solo credo artístico, aunque cada cual, al firmar su propia obra, lo ofrece a su manera, pues sin duda existen diferentes facetas en sentimiento y oficio que no es el momento ahora de analizar; pero lo que más les separa de la idiosincrasia de los Quintero —y me permito una chispa de jocosidad— es que sólo se casó uno de





los sevillanos, mientras que el más joven de los Oslé barceloneses se une en matrimonio con Alfonsa López Badia, el 30 de abril de 1914, a quienes el Señor no dará descendencia, y sólo pasados dos días, o sea, el 2 de mayo, Miguel se casa con María Marengo Salvador, que a los ocho años le ofrecerá una hija: Miguelina.

El año 1915, Miguel es nombrado miembro del Jurado de la Exposición de Bellas Artes de Madrid. Acuden los dos hermanos a la capital y varios artistas les ofrecen un almuerzo de honor el sábado 29 de mayo, en "La Huerta". Colabora Miguel en la exposición de Humoristas celebrada en Reus (1916), con dos figuras satíricas: *Don Anacleto, notario y Picado de viruelas*, jocoso panfleto, esta última, contra ciertos monumentos que privan aquí y allá. Consigue Miguel la medalla de oro en la Exposición Nacional de Panamá. (Se me olvidó que en la Nacional de Panamá del año 1911, Luciano obtuvo primera medalla con *Fuego cadente*.)

Como he subrayado ya, la familia Oslé está unida por un ejemplar cariño entre sus miembros. Para demostrarlo podría aducir infinidad de pruebas. Válgame por todas, la carta que nuestros escultores, ahora en Madrid por figurar nuevamente Miguel como miembro del jurado de la Exposición de Bellas Artes, reciben de su padre. Está fechada el 29 de mayo de 1917. Dice: "Queridísimos María y Miguel: Salud y fraternidad (como diría aquel Tode de Logroño, que cuenta vuestra madre). Como de vosotros he recibido una postal del 25, participando que habéis llegado, he de daros las gracias por ella, deseando que todo os salga bien.

"He leído que ayer fue la apertura de la Exposición y en seguida se me ha reproducido nuevamente el cuadro que habéis contado que sucedió la vez pasada.

"Como es consiguiente, ni tú María, ni tú, Alfonsa, habréis faltado al acto y habrá habido las consiguientes barretadas de lacayos, alcaldes, ministros, y las consiguientes

correspondencias por parte vuestra, hinchadas y satisfechas de ver a vuestros Lucianín y Miguelín entre tantas cruces y entorchados y hasta S. M. les habrá dado la mano, que procuren no lavarse para que al estrechársela nosotros aquí, aún percibamos algo del contacto regio.

“Aquí, ayer domingo, hubo un homenaje al Orfeón Catalán; seis mil coristas en la plaza de Cataluña, dando sus canciones, fue un espectáculo muy hermoso. Supongo que habréis ido a la Pradera y que habréis probado las rosquillas de la Tía Farrera, que son muy buenas.

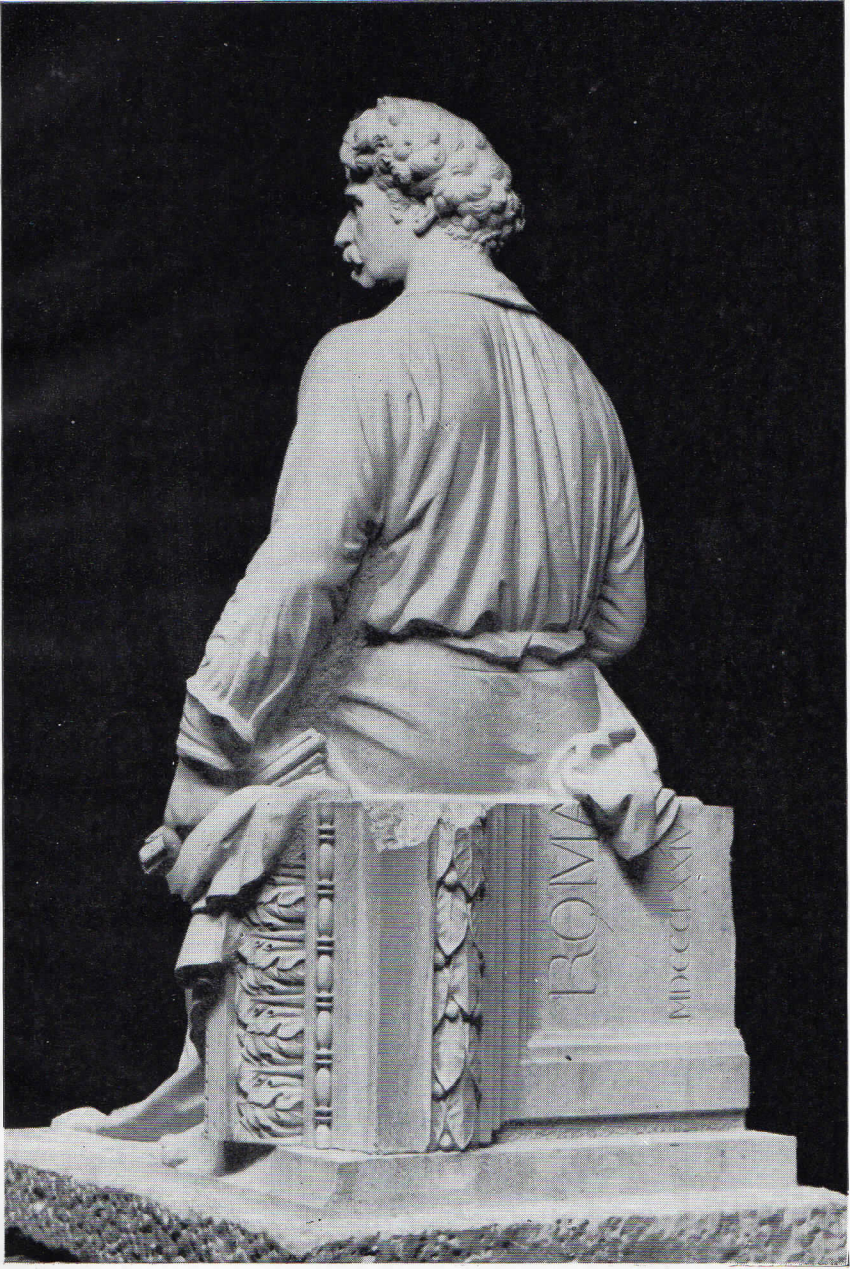
“Como aún no ha cambiado nada Barcelona después de vuestra ausencia, no tengo más que deciros, sólo que aún están llegando náufragos del combate naval del día 27; ¡cuánta gente había en el rompeolas viendo aquel espectáculo! Allá, en el horizonte, unos buques de guerra, que parecía que se acometían, mucho estruendo, grandes masas de agua que se levantaban, muchísimo humo, como una hora duró; después, nada, silencio, y a las tres horas lanchas que llegaban con marinos, el vecindario rivalizó en atenderlos; han salido los remolcadores a recoger los que aún suponían estarían esperando auxilio. Los italianos dicen que ellos son los que han ganado y los austríacos que fueron ellos. En fin, en otra ya te daré más detalles.

“Vuestra madre y Enrique os envían sus abrazos y uno muy fuerte de

Rafael.”

Fechada en noviembre de 1921, reciben los Oslé la siguiente comunicación del Comité Ejecutivo del Monumento al Pintor Fortuny, firmada por el secretario general, don Joaquín Ciervo, y el vicepresidente, D. A. Murua: “Nos place comunicarles que como resultado de la votación secreta que hizo este Comité en la Junta del día 15, fueron ustedes designados para hacer una “maquette” corpórea —o sea proyecto de monumento a libre concepción y tamaño— en el bien entendido que para ello cobrarán la cantidad de dos mil pesetas.

“Nos permitimos indicarles que debe conservarse la elipse central que contiene agua en el centro de la Plaza



Real, lugar escogido por nuestro Ayuntamiento para emplazar la obra dedicada en firme y decisivo homenaje al gran colorista catalán. Al mismo tiempo les señalamos que como leyenda sólo debe figurar FORTUNY - 1838 - 1874.

“A más de este encargo a ustedes, harán “maquettes” los artistas Clará y Llimona (elegidos en la misma votación) con las proporciones que aquí constan.

“Una de las tres producciones, en bosquejo, será después elegida como monumento definitivo a juicio de un jurado y el proyecto en cuestión quedará admitido tal como se presente o modificado.

“Sírvanse indicar la fecha en que ustedes harán entrega de la “maquette”. Para detalles pueden pasar por Secretaría.”

Como siempre, ni cortos ni perezosos, se dedican ilusionada e irresistiblemente a esta labor. Al siguiente mes de julio presentan la maqueta, con una larga y detallada descripción del proyecto de monumento, al que darían carácter esencialmente decorativo. ¡Cuántos sinsabores les ocasionaría el Fortuny! Pero eso es harina de otro costal.

El padre de los escultores había fallecido el 18 de julio de 1921. No hace falta mucha imaginación para atisbar el desconsuelo de toda la familia por la pérdida de aquel hombre que fue siempre alegre, sano, patriota y justo.

Alfonso XIII inaugura, en 1924, el monumento a Verdaguer (Diagonal-Paseo de San Juan), obra del arquitecto José María Pericás; la estatua en bronce de Borell Nicolau, asimismo autor de las figuras que simbolizan la poesía mística, la épica y la popular; los frisos con relieves escultóricos plasmando escenas de poemas verdaguerianos, son de los Oslé. A finales de marzo del siguiente año, trasladados a Tarragona los restos mortales del Arzobispo Antolín López Peláez, se depositan en bellísimo sarcófago, obra de nuestro escultores, al lado izquierdo de la capilla

de San Fructuoso, de la Catedral, formando cuerpo saliente a dos metros del pavimento. El Arzobispo está allí, yacente: serenísima testa; capelo, báculo y cojín espléndidamente burilados.

También los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia el 4 de junio de 1925, inauguran en la capilla de San Narciso (hecha construir a finales del siglo XVIII por el obispo Tomás de Lorenzana, arrimada a la antigua excolegiata de San Félix, de Gerona) el mausoleo de las Heroínas de Santa Bárbara (1809), obra también de los Oslé: Sobre un pedestal de tres cuerpos, esculpido sarcófago sostenido por dos leones en reposo; la estatua yacente, encima; al cuerpo de en medio, ligeramente avanzada y simbolizando a la patria una espléndida figura femenina.

Transcurridos exactamente cuatro años, los monarcas inauguran el monumento a la reina Victoria Eugenia, obra de los Oslé, que señorea en el Hospital de la Cruz Roja de nuestra ciudad.

Con motivo de la Exposición Internacional del Parque de Montjuich, es colocada (1929) la fuente monumental de la Plaza de España, obra del arquitecto Jujol, discípulo de Gaudí, y esculturas de Blay, Llobet, y tres de los Oslé: (*La Navegación*, *La Salud* y *La Abundancia*), situadas en los extremos; la fuente está concebida en forma triangular, representando las vertientes marítimas de España: Atlántica, cantábrica y mediterránea; el 1940, desaparecerían, en fatuo servicio del mal gusto, los bellos faroles en bronce y los nombres, también en bronce, de los patricios que están ahora en las columnas. El mismo año se inauguran en la Plaza de Cataluña las estatuas ecuestres *Trabajo*, de Luciano, y *Sabiduría*, de Miguel. El 17 de diciembre de 1930, los hermanos Oslé forman, con Eduardo Curt, Ricardo Canals, Juan Brotons, Ricardo Opisso y Joaquín Freixas, en el jurado del Concurso Gloria Awanson, del que sale vencedora Elena Malgosa. Los dos artistas son socios de "Amics de l'Art Vell", que preside Bosch Gimpera.

Nuestros protagonistas continúan noche y día firmes en su labor, forjadores de aventuras artísticas, con bastante de Quijote, de Ruy Blas y de Cirano. Nada de Sancho en ellos. Y menos de Roldán. Pero ésta su manera de ser la guardan con cerrojo. De hace años tienden a lo monumental, sin que se les haya ocurrido trasladarse, aunque fuera un mes, a Grecia y a Italia. Han conseguido trofeos, galardones y amistades, pero nada saben de materiales bienes. Ponen interés en lo decorativo porque, como dijo Utrillo, “no desconocen las rudezas de la fundición, la técnica para ablandar materiales duros y la práctica suficiente a fin de dar cualquier clase de estructuras a diversos moldes”. Se preocupan y se esfuerzan, con un sentido altruista para que no derroquen una bella masía o se eviten accidentes de circulación en una esquina del barrio. Viven para su familia y voluntariamente se enclaustran en la luminosidad de su propio silencio. Toda su personalidad la vierten en sus obras. Pero aquel 20 de agosto de 1938 la apacible luz de su existencia se convierte en profundas tinieblas: acaba de fallecer doña Cándida Sáenz de Medrano Oñate, la madre que tanto amaron y a quien tanto deben.

A finales de 1940, se inaugura el Monumento a los Caídos, obra de los hermanos Oslé, en los fosos de Santa Elena del Castillo de Montjuich: es sencillo, austero; sobre una losa, la emotiva estatua yacente.

Adrián Gual publica el siguiente artículo, intitulado “Semana Artística”...: “Cuando una calma aparente parece diezmar el interés de la producción artística, que vino, poco menos que intoxicándonos durante el curso que termina, resulta agradable darse cuenta de que no se extinguió el fuego, y de que las inquietudes persisten al margen de todo propósito de exhibición más o menos mercadera, en los ambientes del taller desapercibido por los demás, donde a brazo partido se lucha denodadamente a fin de que no se interrumpa el diálogo del artista con la materia que se le ofrece para triunfar o sucumbir tras ella.

“Nos llegaron voces amigas, innovándonos la presencia

de una obra dispuesta a pasar del pedestal movable a la sede de la consagración apetecida y tras las indicaciones concretadas en amable invitación, nos personamos al estudio de unos escultores amigos: los hermanos Oslé.

“No se trata de ponderar los méritos de estos dos artistas sobradamente probados en el transcurso de su esforzada gestión; se trata, únicamente, de interesarnos, ahora, por una de sus recientes obras, la más reciente de todas, destinada a uno de los templos de nuestra ciudad.

“Una vez más hemos podido convencernos en esta ocasión de la enorme distancia que media para apreciar las obras en su justo valor, entre los ambientes fabricados en la mayoría de las llamadas salas de exposiciones y aquellos que fueron creados a rescoldo de las mismas inquietudes promotoras de la producción artística.

“Hay algo de misterio en ello, nacido del aparente desorden, o de la oculta palpitación, señora de los destinos estéticos, entre los cuales, como por milagro, surge la obra sin pretextos que pretendan realizarla a los ojos del visitante.

“Un cobertizo espacioso; unos muros repletos de pretéritos esfuerzos... y por doquier inicios de esfuerzos futuros y allí sobre la tarima *turnante*, la figura de San Juan Bautista, de grandes proporciones, en toda la desnudez de su ascética e iluminada pureza.

“Se trata de una magnífica talla policromada, que siguiendo espontáneamente la tradición de nuestros imagineros, pone de relieve las cualidades heredadas de su casta de artistas, que sintieron a fondo el dramatismo con todos los matices de la elevación espiritual.

“Perfectamente anatomizada su figura enjuta de carnes dejando presentir el esqueleto; su apostura simple; su ademán apostólico y, sobre todo, la cualidad de las luces proféticas brotando de sus ojos absortos y convictos, esta

obra de los Oslé, policromada, con armónica discreción, acredita una vez más el talento de sus autores, en todo momento adaptados a las finalidades impuestas a su labor.

“No es sin esfuerzo que se puede llegar a tales resultados, esfuerzos y tenacidades de los que seguramente nos dirían algo aquellos muros incrustados de realidades y de intentos.

“Cuando el culto católico pasa por los rigores de los más lamentables errores de plasmación iconista, invadido por el industrialismo de unos y por la incomprensión de otros, en detrimento del propio culto, consuela ver que de vez en cuando se recurre al verdadero artista para hablar cumplidamente a los fieles a través de la palabra evangélica.

“Así lo entendió la parroquia de San Juan de Gracia, y por ello merece ser felicitada y estimulada, y asimismo los Oslé correspondieron con creces a la confianza que les otorgara, a fuer de perfectos y concienzudos artífices.

“Otra cosa no podía esperarse de ellos.”

Es aleccionador lo que luego pasa. Desmontado el andamiaje, el San Juan Bautista que encargó el rector de la parroquia, mosén Miguel Carrau luce en la hornacina que preside el Altar Mayor. Pero he aquí que irrumpen los fariseos, los no limpios de corazón, los que pinchan los oídos con maldecires, los que provocan el escándalo, afirmando que la desnudez del santo es terriblemente pornográfica. Interviene el Vicario General. Miguel Oslé accede de mala gana en alargar las pieles que cubren una pequeña parte de los muslos: pero nada más. Yo viví la desgraciada anécdota —aún no conocía personalmente al escultor— y sé cómo disgustó al enamorado de la imagen, mosén Carrau, quien (y ésta es anécdota hermosa) cuando la guerra civil, fue salvado del fusilamiento por un feligrés *escamot* de la izquierda republicana.

El 22 de marzo de 1944, los compañeros y amigos de Miguel Oslé le dedican una cena de homenaje por su triunfo

en el concurso oposición a la cátedra de talla de la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona. Están presentes entre otros muchos, José Capuz, E. Pérez Comendador, Federico Marés, Luis Vasallo, Ricardo Ferrero. Sin mucho tardar, también le será otorgada a Luciano una cátedra en la misma escuela.

El año 1945, los dos hermanos concurren a la Exposición de pintura y escultura de artistas premiados con Medalla de Oro, que se celebra en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Miguel presenta *Recompensa del Trabajo*, en bronce; Luciano, en talla, *San Francisco de Asís*. En la siguiente exposición de artistas premiados (1946), presentan, en bronce, *Retrato de la hija del Doctor Doménech*: cabeza de niña con lazo en el cabello, (Luciano), y en el cabello una flor (Miguel): la misma fisonomía e idéntica expresión, pero tratadas en un modo muy diferente.

No puedo silenciar en este bosquejo de biografía, los felices tiempos en que mi hogar estuvo asentado en la calle Tavern, 29. Allí fueron celebradas para los amigos, treinta y tres sesiones, musicales o literarias (1946-1958). Se llenaba la sala con una cabida de, sentadas, sesenta personas. Citaré unos pocos asistentes: López-Picó, hijas de Francesc Matheu; Paz Bellido, viuda Molinas; Aramón Serra, José María de Sucre, Juan Manén, Luis María Millet, Toldrá, Saltor, Surinyach Senties, Emilio Brugalla, Juan Oller Rabassa, ceramista Guardiola... Actuaron: Cuarteto vocal Orpheus, Mariano Sainz de la Maza y Elda de la Maza, Padre Juan Bautista Bertrán, Emilio Vendrell, María Teresa y Rosa Balcells, Miguel Dolç, Juan María Guasch, Coral de los Luises de Gracia, Juan Massiá y María Carbonell, P. Angel Martínez, Agustí Esclassans, Gimeno Navarro, Trío Fluviá... En cada programa figuró un San Francisco (bojes antiguos y modernos, dibujos al lápiz y a la pluma, reproducciones de tallas y de vidrieras). Miguel Oslé, a quien había conocido cuando un homenaje al escultor Camps Arnau, no faltó a ninguna de aquellas sesiones, acompañado de su mujer y de su hija. Incluso se me ofreció para hacer expresamente un bajorrelieve para un progra-

ma. Es maravilloso, con la leyenda abajo de *Lloeu i beneiu el meu Senyor*; fue reproducido el 15 de diciembre de 1957, cuando el inolvidable Arturo Llopis nos habló de *S. S. Pius XII, vist per un periodista*.

El 17 de febrero de 1950, en la entrada de honor del campo de *Les Corts*, se fija la placa conmemorativa de las Bodas de Oro del Fútbol Club Barcelona, cincelada por los Oslé. Dos figuras alegóricas: la del tan popular deporte y *La Victoria*. Y, naturalmente, el escudo de la entidad.

Vicente Oslé y Carmen Carbonell celebran el 6 de septiembre del mismo año las Bodas de Oro matrimoniales (1890-1950). No me equivoco; así figura en la participación. Se trata del coronel retirado, tío de los escultores, que les dedicó una libreta de diez centímetros y medio por quince y medio y ochenta páginas, donde amorosamente va desgranando fechas y anécdotas de toda la familia.

Perdón. Esta conferencia no es lo breve que me propuse. Pero, ¡trabajaron tanto estos dos hombres! Procuraré, ahora, no cansar demasiado.

Se inaugura la Capilla del Santísimo, de Canet de Mar. Manuel Brunet ("Destino", 20-5-50) dice en cuanto a la imagen que en ella figura, de Miguel Oslé: "Ofrece esta estatua la novedad iconográfica de presentar al apóstol en el momento de salir de su embarcación y de poner pie en España. En la mano derecha lleva el remo y con su mano izquierda levanta, vigorosamente, el libro de los Evangelios. Presentado el Apóstol como un peregrino navegante, era natural que su Santiago tuviera las facciones de un pescador, lo que consigue dando a la cabeza del Santo una expresión muy realista y a la vez muy barroca." Referente al San Francisco de Paula, de Luciano, afirma: "Excelente escultura que, siendo muy moderna, presenta al Santo según el tipo tradicional de hombre devorado por el amor, y esto lo consigue el artista con la mayor sobriedad."

Un año antes, cuando la visita al taller de los escultores que estaban trabajando el San Jaime y el San Francisco,

salía en letra impresa esta opinión (Pedracastell, Canet de Mar, junio 1949): “Ante sus obras uno no vacila nunca. Porque las vírgenes son vírgenes y los hombres de mar auténticos marinos. Lo decimos por lo que nos repugnan esas esculturas que a fuer de ser originales (alguien diría surrealistas) no son nada de concreto.”

Esta capilla, destruida cuando la guerra civil, ha sido reconstruida a expensas del matrimonio Francisco Corbera Puñet y Soledad Guix Ribas, en acción de gracias por la celebración de sus Bodas de Oro, y bendecida por el obispo de Gerona, doctor José Cartañá Inglés.

He prometido continuar sobre el monumento a Fortuny, cuyo emplazamiento debía ser en la Plaza Real. Decididamente el proyecto quedó reducido a sólo la maravillosa estatua. Aquí empiezan luchas y sinsabores. Para abreviar y dejar constancia, me valdré de unos escritos.

Nuestros escultores reciben de Alejandro Cardunets la siguiente carta fechada en Badalona el 4 de septiembre de 1936, que traduzco: “A poco de recibida vuestra carta me entrevisté con el amigo Planes Doria. Me dijo que ya se había tomado el acuerdo de rehusar el emplazamiento de la estatua de Fortuny en el chiribitil de la calle Xuclá.

“Ahora bien: como los momentos actuales no son los más propicios para tratar este asunto, se convino hablar con el alcalde cuando las circunstancias lo aconsejen (¡ojalá sea pronto!), y entonces, de acuerdo con la Alcaldía, escoger un sitio digno de Fortuny.”

Pasarán dos años. Miguel y Luciano envían un escrito al secretario de la Comisión Ejecutiva del Centenario, señor Antonio Fuster Valldeperas, del que a continuación inserto dos fragmentos: “Cumpliendo el encargo de la Comisión Ejecutiva del Centenario, hemos efectuado una serie de trabajos importantísimos encaminados a conseguir las proporciones, armonía en los detalles arquitectónicos con el ambiente y fondo elegido por nosotros (se refieren al emplazamiento del Fortuny frente a La Virreina)...”

“Una vez aprobado el proyecto de emplazamiento y obras por la Comisión del Centenario, notificar a los señores regidores de Obras Públicas y Cultura del excelentísimo Ayuntamiento dicho acuerdo, requiriéndoles para que hagan lo posible para ver los planos, maqueta, pedestal y estatua de Fortuny, con estos datos que proporcionan un poco de fundamento y el clarísimo criterio que les caracteriza den los señores regidores del excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona el deseado permiso para empezar en honor de Fortuny las obras de su merecido monumento.”

El 24 de octubre de 1941, el Presidente de la Asociación de Amigos de los Museos de Cataluña, señor Casas Abarca, noticia en atento B.L.M. a nuestros escultores que, por acuerdo del Comité, ha sido entregada al alcalde la estatua de Fortuny, con el ruego de que sea colocada en lugar digno del pintor y la belleza escultórica de la obra.

Transcurrirían aún dieciséis años. Estamos en 1957. Luciano había fallecido. En Madrid se prepara un homenaje a Miguel. Sólo me resta transcribir la carta del 14 de mayo que envía Miguel a su viejo amigo Joaquín Ciervo: “Tengo el gusto de contestar a su atenta carta en la que me invitaba a que le comunique mis impresiones sobre lo que le ha indicado el presidente de la Asociación Mariano Fortuny, de Madrid, el muy ilustre señor Sánchez Cantón.

“Primeramente he de confesar mi desconcierto al no recordar de qué busto se trata, pues cuando realicé la estatua de Fortuny tenía un bloque pequeño de mármol y lo aproveché para hacer el busto, que es el único que existe, y que está en mi estudio; en fin, como próximamente iré a Madrid, aclararé este asunto.

“Y sobre el homenaje, no sé de qué; conservo aún bastante amargura del monumento a Fortuny. Lo primero que tendrían que hacer los que se dicen admiradores del gran pintor, es solicitar del excelentísimo Ayuntamiento el traslado de la estatua frente al palacio de la Virreina tal como la proyectamos, pues fue concebida para ser colocada com-

pletamente aislada, y no es el actual emplazamiento digno del gran pintor; yo creo que usted debe indicar esto desde "El Noticiero Universal".

"Seguramente usted recordará nuestra resistencia a entregar la estatua para este emplazamiento, y también debo hacer memoria a mi amigo Ciervo que el Ayuntamiento contribuyó a la suscripción con la cantidad de cuatro mil pesetas para adquirir el bloque de piedra de Monjuich, para realizar la obra en materia definitiva y como nosotros creímos que Fortuny merecía que su estatua fuera realizada en mármol; fue aceptada la idea, y nosotros propusimos encargar el bloque a las canteras de Carrara, cuyo importe era de ocho mil pesetas, o sea, el doble de lo que daba el Ayuntamiento, con la condición de que la Comisión se interesaría para que el Ayuntamiento doblara la cantidad con que pensaba contribuir. Nosotros realizamos la estatua en magnífico mármol de Carrara, pero la Comisión del Monumento no hizo ninguna gestión cerca del Ayuntamiento, de manera que nosotros pagamos el importe del mármol.

"También recuerdo que en el forcejeo y resistencia que hicimos para no entregar la estatua, fuimos llamados por el entonces alcalde, excelentísimo señor Miguel Matéu Plá, y nos prometió que el actual emplazamiento sería provisional; se realizó la inauguración, a cuyo acto asistimos, y después se reunió la Comisión en fraternal banquete, con las autoridades, al que no fuimos invitados. Nos fuimos a casa con la amargura de ver la estatua, en que se han visto cáscaras de melón en la hornacina. Juré no pasar más por la calle Xuclá mientras esté allí la malograda estatua de Fortuny. Y lo he cumplido.

"Después de todo lo expuesto, puede usted figurarse la extrañeza que me ha de causar este homenaje, motivado por un busto que no recuerdo haber realizado, y de la estatua que está metida en aquel nicho y de la que no quiero nada saber.

“Me interesaría mucho que el señor Sánchez Cantón se entere de todo ello, y le doy a dicho señor las más efusivas gracias por sus buenos propósitos.”

Muere Luciano el 17 de enero de 1951. El escultor de *Tres mineros en una vagoneta* y *Vieja ambulante*, deja a su hermano entre soledades, triste. Sus vidas y paisajes fueron siempre como sueños paralelos que los dos perseguían, codo a codo. En el taller presiden el frío y el escalofrío.

Pero Miguel reacciona, como en el mar de las pescas domingueras ;aquel furioso mar que tantas veces derrumbara lo que les pertenecía en la escollera plateada.

Manuel Vigil publica un artículo en “Ya”, de Madrid (20-11-54), afirmando que a pesar de que hace unas semanas la prensa de la capital hizo público el fallo del concurso del monumento a Verdaguer en el Retiro, el autor premiado, Miguel Oslé, oficialmente nada sabe. No tiene más noticias que las de sus amigos y los periódicos. Estuvo dos años pendiente de este veredicto. Se comprende que no le gustara esperar tanto a que el Ayuntamiento de Madrid le comunique el fallo favorable del concurso, y le invitase a negociar la erección.

Detalla Vigil la visita que hizo al taller del escultor. Al lado de los fragmentos, en tamaño definitivo, de la gran imagen de la Merced que encumbrará la basílica de la Patrona de nuestra Ciudad, la maqueta de Verdaguer es delicada miniatura. Observemos la testa —dice—: enérgica, concentrada, serena, humilde, exacta en sus menores trazos ;el cuerpo envuelto en el manto que se difumina en la parte baja, en desmayo de esquematizados pliegos; las manos se insinúan ;el poeta puede parecer sentado. Se impone el respirar de la piedra escurridiza hasta los hombros, de los cuales emerge la testa acabada y libre.

Enfrente al pedestal, el escudo de Madrid, con la leyenda. En la posterior y laterales, bajorrelieves con alegorías

de la poesía de Verdaguer. Talla y peana, en piedra de Montserrat; basamento, en piedra del Guadarrama.

Al cabo de los años, Félix Millet haría, frente al monumento, el elogio del poeta. Y el Orfeó Català le ofrecería, con muchas flores, el arrullo sentimental de una canción.

El 19 de junio de 1945 el Ayuntamiento encargaba a los Oslé la reconstrucción de la Virgen de la Merced, para la cúpula de la Basílica. La antigua era de cemento y fue destruida, cuando la guerra, por los responsables de la irresponsabilidad. Se convino que sería original y en bronce. Miguel hizo el proyecto.

Pasan los años; sale un "Mano a mano" de Del Arco con Miguel. Afirmaciones del escultor: "Siendo alcalde don Miguel Matéu, vino a mi estudio con el arquitecto señor Vilaseca y fue aprobado." "Vino el alcalde barón de Terrades a mi estudio, lo vio y lo aprobó también." "Vino al estudio el alcalde señor Simarro, acompañado del señor Coll y Ortega, y lo aprobaron." "Porque el presupuesto de fundición era muy elevado, el Ayuntamiento decidió hacer la escultura en terracota, en lugar de bronce, cosa que era imposible ya que yo ideé el proyecto en bronce. También pensaron realizarlo en plancha, o de latón, o repujado. Y yo me opuse porque hubiera sido una parodia." "El Ayuntamiento creyó que era dueño y vino a llevarse la imagen en yeso; pero yo dije que no quería que hiciesen un disparate y me negué a entregársela." "Se prepararon judicialmente y requirieron que la entregase en un plazo de quince días; pero yo también me preparé para defenderme y así quedaron las cosas hasta el momento presente." —¿El cuento de nunca acabar?— "No creo; pero le ruego que si algo de lo que he dicho roza al Ayuntamiento, suavícelo."

Y Del Arco, con la ironía que le distingue, acaba el "Mano a mano": —¿Está bien así?

Estamos en el año 1953, cuando yo me presento en el taller, ilusionado con el envite de Miguel. Lo encuentro se-

rio, amargado. Pero se ilumina de enamoramiento al explicarme esto y aquello de su Merced; cómo ondea el manto a la caricia del viento de todas las latitudes. Si bien la Pepa le ha servido de modelo, Miguelina —la hija del escultor— ha posado, como siempre, para el rostro de sus vírgenes: es bellísimo, sereno, reposado, dulce, puro alabastro.

Escribe a Santiago Udina Martorell el 7 de octubre de 1955: “Después de la nota que le remití por correo de mi contestación a don Marcelino Coll Ortega rebatiendo las afirmaciones que hacía dicho señor en el “Diario de Barcelona”, he de dar cuenta a usted de que no he tenido noticia de que se haya hecho nada en pro de una solución definitiva y práctica en este asunto; estoy bastante optimista, pues han respondido a mi favor todos los diarios y periódicos más importantes de Barcelona, las entidades artísticas y culturales, y también particulares como el insigne ex alcalde de Barcelona, Barón de Viver, don Aurelio Joaniquet, el segor Marqués de Sagnier, el arquitecto señor Folguera y muchos más. Afortunadamente no estoy solo en este pleito.

“Yo creo, señor Udina, que deben ustedes tener en cuenta que para fundir la estatua en bronce se necesita *un año*, y si nos entretenemos en “si son galgos o podencos” llegarán nuevamente las Fiestas y no estará fundida la obra. Ya es hora de abandonar actitudes violentas yendo directamente a solucionar este asunto, para lo cual estoy dispuesto a colaborar con el Ayuntamiento con el mayor entusiasmo.

“Ha sido un grave error pretender separar el modelado de la estatua y su fundición; yo soy, como autor de la obra, el que debe entregar la estatua en bronce al Ayuntamiento y no considero terminada mi obra hasta que se haya realizado dicha operación bajo mi dirección y trabajo personal.

“También contribuye a todas estas precauciones el tra-

tarse de una obra excepcional por la forma de haber sido concebida, pues se sostiene solamente y apenas con un pie; para que pueda hacerse usted cargo de todo lo que le digo, le agradecería que, si sus muchas ocupaciones se lo permiten, hiciera una visita a mi estudio. Si los que entienden este asunto hubiesen visto la obra, pensarían de otra manera.”

Pasaré por alto otras vicisitudes y anécdotas. El hombre que manejó el soplete, Vicente Gimeno, es quien ha fundido la estatua a la cera en sus talleres de Valls. Ha invertido dos años en su labor. El peso es de seis toneladas.

Se trata ahora de un nuevo problema. Juan Cortés (Destino, 5-9-59) defiende el dorado de la Merced: “No hemos de repetir nuevamente los argumentos y razones, tanto de orden piadoso como artístico y sentimental, que han sido aducidos en las ocasiones a que hemos aludido. Pero sí podemos añadir, glosando uno de los chistes de “Jip”, que se corre el riesgo de malograr el armonioso efecto de la silueta de la imagen, recortada sobre el fondo del cielo, reduciéndola a la mancha oscura, mientras que de efectuarse su dorado, como tenía la antigua, se acrecentaría su vistosidad en medida incalculable.” Miguel Oslé diría a Sempronio (Diario de Barcelona, 16-5-59): “Yo todavía quisiera construir la corona en cristal, en vez de bronce, para que la luz le arrancara destellos.”

El día de San Miguel, 29 de septiembre del mismo año, con un andamiaje impresionante, la imagen es subida a la cúpula, sin dorar. Llueve a cántaros. Al día siguiente, lo explica Sempronio: “Todo era histórico. No comprendo cómo las campanas de la Merced no repicaron en aquel momento. Y si los vecinos que desde los terrados y balcones presenciaban la operación no aplaudieron, atribúyase a que tenían las manos ocupadas por los paraguas...” “Cuando la imagen, en pleno y majestuoso vuelo, tras superar el andamiaje de la cima de la cúpula, empezó su descenso sobre la plataforma donde quedara collada, en los tejados, en el campanario, pese al ruido de la lluvia, se escucharon va-

rios suspiros de alivio..." "Y que quede algún elogio para mí, que permanecí tres horas allí, saltando de teja en teja, en compañía de los monaguillos y de Mosén Boronat, un gran conocedor de la cubierta de la basílica, pues fue monaguillo antes que vicario."

Cuatro años antes, Miguel Oslé había escrito a mosén Trens y a una veintena de amigos: "He realizado una talla que representa la Virgen del Carmen; procuré rodearla de la mayor suntuosidad y belleza, que es lo que pretendo haber logrado."

"Tengo el gusto de invitar a usted a ver esta obra, que tendré expuesta en mi estudio desde el día 4 al día 9 del próximo mes de julio, de 4 a 7 de la tarde, y sería para mí un placer oír su valiosa opinión."

Se trata de la imagen venerada en la parroquia de San Miguel de los Santos, de la calle Escorial, cuyo rector era el añorado doctor Masdexexart.

Se hace público el veredicto del premio San Jorge (1958), instituido por nuestra Diputación, que ha sido otorgado a *Catedral*, de Subirachs. Oslé, que concurrió a la exposición con una talla policromada fuera de concurso, envía cartas al alcalde, presidente de la Diputación, director general de Museos, etc., protestando enérgicamente de que se premiará "unos objetos de hierro que no son esculturas. Escultura, sea de la tendencia que sea, es esculpir, es dar forma a una materia dura como es la piedra. El hierro se forja, y los objetos premiados no llegan ni a ser forja; son ferretería".

Enrique Monjo notifica a nuestro indignado artista, que "per ética i vergonya", también dirigió una carta al presidente de la Diputación, redactada más o menos en los mismos términos.

Miguel Oslé, socio fundador de Les Arts i els Artistes, fallece el 13 de marzo de 1960. Fue siempre una buenísima

persona. En sus postreros tiempos, algo seriucho, concentrado, y por ello, pronto y enérgico cuando acusado desplacer lo requería. Vivió para los suyos. Superlativamente, para su arte. Como todo romántico gran artista, nada supo de dinero y tuvo lo justo, justísimo. Para el que quiera ver y oír, en su cuantiosa y valiosa producción, hay el mensaje de toda una época.

Pasados cinco meses, exactamente el 25 de febrero de 1961, publica *El correo Catalán* en su diaria Crónica de Barcelona:

“Por boca de su concejal delegado, los vecinos de la Barceloneta se han manifestado en contra de la “Evocación marinera”. Su reacción ha sido un tanto tardía. Sin duda, tuvieron que dejar transcurrir varios meses antes de salir de su asombro.”

“Tremenda papeleta la que se plantea ahora. Si los monumentos y esculturas se hacen en función del hombre; si un artista trabaja para proporcionar un goce espiritual a los demás, son justas las quejas de los vecinos de la Barceloneta si tal “evocación” no les complace. Ellos, al fin y al cabo, han de contemplar varios días la escultura abstracta. Piden los habitantes de la Barceloneta que en su lugar se instale la obra de Miguel Oslé, *El Pescador*, que todos comprenden muy bien. ¿Rectificará el Ayuntamiento y se llevará a cabo la sustitución? En caso de que no se haga así, constará ya para siempre la manifestación oficial de disconformidad de los habitantes del barrio, transmitida al Pleno por el concejal delegado señor Aixelá.

“La obra de don Miguel Oslé, artista nacido en la Barceloneta, lleva muchos años aguardando su instalación en algún lugar de nuestro barrio marinero y cuya imagen ilustra nuestra fotografía. Tiene dos metros de altura. Representa a un hombre de mar con la cabeza rapada, barba descuidada, piel curtida por el sol, marinera azul, pantalones remangados hasta las rodillas. Sobre sus hombros, las redes, que comparte con un pequeño. El pescador lleva en



la mano derecha un farol y con la izquierda sujeta las redes.”

“Esta es la escultura que desean las gentes de la Barceloneta. Colocarla allí constituiría, en cierto modo, el homenaje al artista ya fallecido, que vino al mundo en nuestro popular barrio pescador. El honor de la autoridad municipal, por lo demás, tampoco quedará demasiado comprometido si ahora se lleva a cabo la sustitución. Dentro de un tiempo nadie recordará la pequeña anécdota del monumento al pescador. Y si alguien la evoca será para destacar la sinceridad de unos hombres que se equivocaron y supieron rectificar a tiempo. La escultura de Subirachs, por lo demás, tampoco tendrá que ser arrinconada. Excelentes emplazamientos existen para ella en muchos puntos de la ciudad. En lo de darle otro título no existe problema. Antes ya pudo ser, por ejemplo, una evocación del ahorro... Tampoco es necesario que este título sea concreto. Puede muy bien ser abstracto, como la escultura misma.”

“Por lo demás, en muchos emplazamientos de la urbe las aristas de bronce de la discutida evocación lucirán mejor...”

Y aún en los albores de la primavera de 1970 *el pescador* espera que lo lleven junto al mar, y el Fortuny sigue aprisionado en la hornacina que esconde su belleza.

Mientras—¿quién sabe?—puede que en la infinita bienaventuranza, Miguel y Luciano Oslé esculpan luminosidades de los justos y, en sus noches eternamente plateadas, se dediquen a la pesca de luceros.

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL
DIA 20 DE JULIO DE 1970 EN
LOS TALLERES ALDUS, S. A.,
ARTES GRAFICAS, CASTELLO, 120
MADRID